

LEÍAN EN EL LIBRO

La dificultad interior

Lucas 24:13-32

por Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

correu-e: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya

Introducción

Lucas nos describe el viaje de regreso de Jerusalén a Emaús de dos de los discípulos de Jesús. Volvían decepcionados, ya que su maestro había muerto, y no se creían lo que unas mujeres de ellos afirmaban que había resucitado. Habían escuchado las enseñanzas de Jesús, y compartieron con él momentos muy íntimos; también conocían las Escrituras del Antiguo Testamento, pero su realidad interior no les había permitido entender que la muerte de Jesús había sido una muerte redentora, y que iría seguida de su resurrección de entre los muertos.

Tenían un problema espiritual

Hemos visto en el libro de Nehemías que es necesario una preparación previa antes de leer o escuchar la Palabra de Dios. Jesús lo recuerda cuando reveló a aquellos dos discípulos la razón por la que no habían entendido la Palabra de Dios.

... en relación a la Palabra de Dios

“para creer todo lo que los profetas han dicho” (24:25)

Conocían lo que los profetas habían dicho, pero su fe en la Palabra de Dios era selectiva, y no creían “todo” lo que ellos habían dicho. Tenían una fe con reservas, por eso su comprensión de la Palabra de Dios era limitada.

Jesús reveló mediante estas palabras que la actitud personal hacia la Palabra de Dios condiciona la comprensión que tenemos de ella, de manera que la podemos leer y escuchar y no entender lo que está afirmando claramente. Como muchos “cristianos” actuales, aquellos discípulos afirmaban creer en la Palabra de Dios, pero un examen más a fondo de ellos mismos les hubiera descubierto que tenían reservas en relación a algunas de sus partes, o a algunas de sus enseñanzas. No eran “incrédulos”, ni “negaban” la inspiración de la Escritura, sencillamente no se creían todo lo que decía ni todas las enseñanzas que afirmaban “creer”.

Este es un hecho que cada vez es más evidente entre un número mayor de “cristianos” actuales, que confiesan creer en la Biblia pero que tienen reservas para aceptar doctrinal o prácticamente la verdad de la inspiración plenaria y verbal de las Sagradas Escrituras.

Su fe limitada en las palabras de la Palabra de Dios, en aquello que dijeron los Profetas, era la evidencia de un problema espiritual que Jesús llamó “insensatez” y “tardanza de corazón”. Consideremos, pues, lo que quiso decir el Señor con dichas expresiones.

... de ignorancia en lo que conocemos

“Oh insensatos” (24:25)

“Insensatos” es una palabra que encontramos cinco veces más en el Nuevo Testamento. Pablo la usa para describir una de nuestras características distintivas antes de creer en el Señor (Tit 3:3), del que Cristo nos ha liberado por la obra que consumó en la Cruz. Lo cierto es que Pablo llamó “insensatos” dos veces a aquellos creyentes de Galacia que no vivían en la libertad cristiana y se comportaban igual que antes de creer en el Evangelio (Gá 3:1, 3). Y también la usó, traducida como “no sabios”, en oposición a “sabios”, en la epístola a los Romanos (1:14).

Todo lo anterior nos enseña que la condición espiritual en la que se encontraban aquellos dos discípulos que volvían a Emaús era la misma que la de los gálatas, que, aunque eran verdaderos creyentes, la falta de una vida de obediencia a Dios sin reservas les había llevado a la misma falta de comprensión que tienen los incrédulos de las Escrituras, haciéndolos ignorantes de la voluntad revelada de Dios en su Palabra. Una pobre espiritualidad les llevó a una fe con reservas en la Palabra de Dios.

Pereza interior

“tardos de corazón” (24:25)

“Tardos de corazón” se puede traducir también como “perezosos

de corazón”. No es un estado constitucional, la palabra griega habla de un estado momentáneo, no permanente.

Cuando el corazón humano es lento, perezoso, bombea la sangre con poca fuerza, y eso hace que llegue con dificultad a los lugares más periféricos del sistema circulatorio. Los pies y las manos se enfrían, y nuestra cabeza tiene dificultad para llevar a cabo las tareas que tiene asignadas.

La pereza espiritual de aquellos discípulos estaba repercutiendo en sus funciones cognitivas espirituales, de manera que eran incapaces de interpretar adecuadamente aquellas porciones de las Escrituras que requerían esfuerzo espiritual para su comprensión y para su aceptación.

Eso nos alerta del peligro que representa descuidar nuestra vida de comunión con Dios, nuestra vida espiritual, nuestro corazón, de donde mana la vida (Prov 4:23). Si no tenemos cuidado, la insensatez de corazón y la pereza espiritual afectará nuestra creencia en todo lo que dice la Escritura, y nos hará incapaces de comprender el significado de lo que está escrito en las páginas sagradas.

Cristo les interpretó las Escrituras

Jesús hizo un diagnóstico acertado de la condición espiritual de aquellos dos discípulos, y ellos lo aceptaron sin discusión. Aunque el texto bíblico no nos dice que se arrepintieran y pidiesen perdón a Dios por su pecado, la declaración que hicieron, describiendo que el corazón se les encendía escuchando las palabras de Jesús, y que les abrió las Escrituras, lo evidencia.

El magisterio único de Jesús

“...porque uno es vuestro Maestro, el Cristo...” (Mt 23:8).

Las Escrituras establecen para Cristo un magisterio único, que nadie más puede pretender tener; todo otro “magisterio” es subordinado al suyo, y no tiene autoridad propia. La misma palabra nos lo indica, puesto que únicamente se aplica a Cristo

en el Nuevo Testamento. Pedro nos ayuda a entenderlo cuando nos habla del pastorado de Cristo y del “pastorado” subordinado de aquellos que son llamados a esta tarea en las iglesias locales: *“Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino de un ánimo pronto; y no como teniendo señorío sobre las heredades del Señor, sino siendo dechados de la grey. Y cuando apareciere el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria”* (1Pe 5:2-4).

El reconocimiento del magisterio único de Jesús es básico para poder acceder a una interpretación acertada de la Palabra de Dios. Si no mantenemos este principio práctico, podemos sumergirnos en el mar de la confusión de las interpretaciones humanas, que apartan a las personas de Jesús y de su Palabra, y que se encuentran en los inicios de todas las desviaciones existentes.

Una interpretación acertada

“...y cuando nos abría las Escrituras” (24:32).

La palabra “abrir” quiere decir abrir completamente, y se hacía servir para hablar de cuando una criatura abría la matriz de su madre, de devolver la vista a un ciego y también de devolver el sentido del oído a un sordo.

Aunque las Escrituras pueden ser “abiertas” físicamente por cualquier persona, y ser leídas y entendidas por todo aquel que sepa leer y ponga la atención necesaria, la comprensión de su sencillo mensaje se hace imposible para aquel que no recibe la ayuda de Dios. Aquellos dos discípulos conocían bien las Escrituras, pero tuvo que ser Jesús quien les hiciera entender el significado de aquellas palabras.

Podemos entender mejor lo que experimentaron al recordar las palabras que describen la misma actuación de Jesús hacia el resto de los discípulos reunidos: *“Entonces les abrió el sentido, para que entendiesen las Escrituras”* (24:45).

La descripción que hace Lucas de la actuación de Jesús hacia sus discípulos, hace más clara la tarea que Jesús llevó a término: *“Y comenzando desde Moisés, y de todos los profetas, declarábalas en todas las Escrituras lo que de él decían”* (24:27).

Jesús les abrió el sentido y las Escrituras, los preparó personalmente y les interpretó el significado de la Palabra escrita bajo la inspiración divina. Les hizo claro el sentido preciso de las palabras de las Escrituras que se referían a él.

Conclusión

Como aquellos discípulos que volvían a Emaús, necesitamos examinar a fondo nuestro estado espiritual. Jesús nos ha dado, con la salvación, la posibilidad de deshacernos de nuestra insensatez y tardanza de corazón, y hemos de saber si eso se ha producido en nosotros o no. Si no vivimos bajos los efectos santificadores de la salvación limitaremos nuestra fe en las Escrituras, por ignorancia o por pereza espiritual.

Una vez estamos seguros que nos encontramos bajo los beneficios santificadores de la salvación, con la mente de Cristo y un corazón que arde por el Señor, hemos de pedir al Señor que nos abra la mente y las Escrituras, que él mismo nos las interprete, nos diga el significado correcto de sus palabras y de las enseñanzas que nos quiere dar a través de ellas.

El Espíritu Santo es quien administra el magisterio de Cristo entre los redimidos. Jesús describió éste aspecto de su ministerio con las siguientes palabras: *“Pero cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad; porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que han de venir”* (Jn 16:13). Y Juan, inspirado por Dios, nos enseña: *“Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros habéis recibido de él, mora en vosotros, y no tenéis necesidad que ninguno os enseñe; mas como la unción misma os enseña de todas cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como os ha enseñado, perseveraréis en él”* (1Jn 2:26-27).

Edicions Cris|ianes Bíbliques